

CERVANTES, una sola *r* equivale casi siempre á dos; y así, ninguna dificultad ofrece que en el texto del QUIJOTE suene doble desde luego en la voz *garamanta*, de la propia manera que debe sonar en *Ali-Fanfaron*, sin que obste ver sencilla en las antiguas ediciones la *r*. *Pentapolin* significa *el de los cinco pueblos*; y apellidóse *del Arremangado Brazo*, por tenerlo desembarazado «para garbear por sus manos lo que se pusiese á tiro, con notable peligro (como se afirma en el discurso de las *letras* y de las *armas*) de la *vida* y de la *conciencia*.» Todo esto conviene, sin quitar una tilde, á Don Pedro Franqueza, natural de Igualada, el cual, de escribano de Mandamientos en Barcelona, llegó á ser por Felipe III conservador general del patrimonio de Aragon y de Italia, secretario de la Reina, y de la Inquisicion, y del Consejo de Estado, y á intervenir como dueño absoluto en las materias de Hacienda. Diósele hábito de Montesa y título de conde de Villalonga. Pero con tan público escándalo y nota procedía en sus oficios, baratando con los banqueros, cohechándose de todo pretendiente eclesiástico, secular y militar, estafando á roso y belloso, y defraudando en millaradas á la Real Hacienda, que no se pudo por menos de reducirle á prision en 19 de Enero de 1607, secuestrarle el fruto de sus rapiñas, y dejarle morir en la cárcel. Franqueza había comprado en remate judicial, casi de balde y valiéndose de su posición, los *cinco pueblos* de Berlinches, Corpa, Villamerchan, Benemelie y Villalonga.

De la propia manera sospecho que en el *temido Mico-colembo*, gran duque de *Quirocía*, se aludió á Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, que después tuvo el encargo de expulsar los moriscos de ambas Castillas, Mancha y Extremadura; hombre del corazón mas duro y del rostro mas feo que hubo en su tiempo, si se exceptúa el de la condesa; por lo cual cantó Villamediana:

«Al de Salazar, ayer  
Mirarse á un espejo vi,  
Perdiéndose el miedo á sí  
Para ver á su mujer.»

Lo de *temido* y *Mico*, por la dureza y fealdad del conde, son alusiones clarísimas; hallo afinidad entre *Colembo* y Velasco; pero á *Quirocía*, eco de Quirós, y á las *tres coronas de plata*, ¿será imposible hallar explicación satisfactoria? Mientras la encontramos, diré que mi sospecha sube de punto al reparar en la impropia satisfacción que, por boca de un morisco, da CERVANTES al conde de Salazar en el capítulo LXV de la *Segunda Parte* del QUIJOTE, siendo peor que la enfermedad el remedio.

El escuálido portugués *Alfeñiquen del Algarbe*, como una gota de agua á otra se parece al conde de Salinas, marqués de *Alenquer* (*Alfeñiquen* remeda esta palabra), hijo del célebre príncipe de Éboli, Rui Gomez de Silva. Preciábase el conde de tener elevada silla en el Parnaso español, de castellano en el dominio de la lengua, pero de portugués por naturaleza y derechos heredados (á eso alude lo *del Algarbe*). Felipe III le nombró de su Consejo de Estado de Portugal, y veedor de aquella Hacienda cerca de su real persona, con precedencia á los demás consejeros españoles; y estos lo llevaron con harta mortificación, precisamente cuando iba á salir á luz la *Primera Parte* del QUIJOTE.

Quizá el marqués, años adelante, sin darse por aludido, ambicionó ganarse con nobles acciones el hidalgo corazón del *Adán de los poetas*, cuando en 1614, y en el *Viaje del Parnaso*, logró que de él cantase CERVANTES:

«Esta verdad, gran conde de Salinas,  
Bien la acreditas con tus raras obras,  
Que en los términos tocan de divinas.»

Y ¿quién sería aquel *Esparta-flardo del Bosque*, poderoso duque de *Nervia*; aquel mozo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, áspero de condición como un *hilo de esparto*, nacido en el *bosque* ó en las malvas, orillas del Nervion, el antiguo *Nerva* de los autrigones? ¿Quién era ese vizcaino que (como todos los de las tres provincias conocidas bajo la denominación común de *Vizcaya*), sacaba de tino para las burlas á CERVANTES? ¿Cómo, en fin, se podía con facilidad *rastrear su suerte*, según la empresa de la esparraguera y letra del escudo? «Como buen vizcaino, tenía por fuerza que ser buen secretario,» si damos crédito á Sancho Panza (QUIJOTE, *Parte Segunda*, capítulo XLVII); porque solamente Alarcon, y eso muchos años después de este, pudo exclamar en el *Exámen de Maridos*:

«¡Á fe que es del tiempo vario  
Efecto bien peregrino,  
Que no siendo vizcaino  
Llegase á ser secretario!»

Al publicarse la *Primera Parte* del QUIJOTE, Felipe III tenía trece secretarios y cinco oficiales, vizcainos todos. Contábase de los primeros Martin de Aróstegui; de los segundos, su hijo Antonio de Aróstegui, que era oficial mayor en el Consejo de Estado, y en 1609 subió á secretario, y á poco vistió el hábito de caballero santiaguista, y ya en 1621 fué secretario del Despacho Universal por el rey Don Felipe IV. Bien pudo CERVANTES, sin temor de equivocarse, *rastrear la suerte* de este aprovechado mozo. Es de advertir que los vizcainos contaban con un protector impertérrito en Don Alfonso Idiaquez, natural de San Sebastian, primer duque de Ciudad Real, conde de Aramayona, montero mayor del Rey, balletero mayor de Vizcaya, comendador mayor de Leon, castellano y maestro general de Milan, virey de Navarra y capitán general de Guipúzcoa; y que entonces llovieron para el apellido Idiaquez secretarías, plazas de consejeros y caballerizos mayores, hábitos, obispados, condados, ducados y vireinatos.

Otro hijo de su mismo nombre tuvo Martin de Aróstegui, que en la primera década del siglo XVII era veedor general de las armadas del Océano, y á quien tal vez se alude, en la aventura de los carneros, bajo la figura del siempre vencedor y jamás vencido *Timonel de Carcajona*, príncipe de la *Nueva Vizcaya*.

Tal vez escribiría CERVANTES *Cascajona*, como á la mujer de Sancho Panza llamó Teresa *Cascajo*, aludiendo á la humilde significación del apellido Aróstegui (carpintero), y haciendo

juego con el apodo que puso al hermano de Martín, de *Caballero del Bosque* ó siquier de las Malvas. El del *timon*, príncipe de la tribu juvenil vizcaina que lo invadía todo, nunca debió ponerse á riesgo de ser vencido en la mar, prefiriendo el mas seguro oficio de marino de tierra.

Mas, poniendo fin á este largo incidente, ¿se adivinará quién fué el valeroso *Laur-calco*, señor de la *Puente de Plata*, el caballero de las armas de oro, el que traía en el escudo un *leon coronado*, rendido á los piés de una *doncella*? ¿Qué caballero pudo pisotear ó despreciar los laureles de España (eso dice *Laur-calco*), y poner aherrojado y rendido el leon de Castilla, que no libremente de hinojos, á los piés de una *doncella*? ¿Cuál esa virgen hermosa y pura que, á quien no debía, desarmaba de su noble fiereza? ¿Por qué la fuerte loriga de oro del caudillo, y cuál la puente de *plata* que le desembarazaba de competidores y rivales? Hubo en la corte de Felipe II un magnate sagaz y mañoso, que al príncipe heredero, jóven de indole angelical, facilitaba para sus muchas y secretas limosnas, callado y pródigo, el oro que le detenía su padre; un ayo que, encareciendo á su pupilo la piedad y la virtud á que era inclinado, le empeñaba en profesarlas sincera y resueltamente (hé ahí la *doncella* del escudo, la *Virtud*), limando así al leon de España las garras sin que lo echase de ver, y apoderándose de su voluntad por aquella, al parecer, santa, noble y desinteresada *puente de plata*; un prócer que, viendo ya en el trono á su amo, le tuvo, no por rey, sino por reino suyo; y dejándole únicamente los trastos del poder, que son el manto, el cetro y la corona, le usurpó el sello real con pretexto de aliviarle la enojosa molestia de la firma; un valido, en fin (y véase por qué le llama *valeroso*, como si quisiera decir «el que vale, el que puede, el favorito, el *valido*,») que dispuso como árbitro de la suerte de estos reinos; que autorizó la corrupcion de las costumbres, haciendo que á la integridad y limpieza en oficiales, jueces y ministros, indisputable mérito de los que tuvo el anterior reinado, sustituyese la socaliña, la estafa, el cohecho, la injusticia y la tiranía, y que se secasen los bélicos laureles españoles, todo con tener franca la *puente de plata* de los gobiernos y pingües destinos, para que pudiesen por ella abandonar el inseguro lado del príncipe, no los virtuosos y beneméritos, sino los vanos, ambiciosos y desapoderados con la sed de mando y de riqueza. Tal el *duque de Lerma*; y por eso de los primeros que, en la magnífica alegoría de los dos ejércitos, se presenta con vivísimos colores á la fantasía del hidalgo de la Mancha. Sobre las señas parleras y exactísimas del favorito, hallo que existe no menor parecido entre *Laur-calco* y *duque de Lerma* que entre *Larsileo* y *Ercilla*, *Artemidoro* y *Artieda*, *Meliso* y *Mendoza*.

Aliaga no hubo de comprender, ó hizo que no comprendía, el verdadero sentido de la palabra *Laurcalco*; y, á fuer de sagaz palaciego, aparentó sin duda traducirla por «el que lleva corona de *oricalco* ó latón,» á la manera que los reyes de comedia y de farsa. Yo así lo sospecho por una palabra en el capítulo XXIII del *Don Quijote* de Avellaneda; y estimo satisfacción al Laur-calco y desagravio al favorito el suponerle allí un abuelo «*Sandoval*, suegro de Pelayo, *amparo* y *fidélisima defensa*, á cuyo celo debe España la sucesion de los Católicos Reyes de que goza.» El fraile cortesano, el antiguo confesor, el amigo íntimo de Lerma, debía traer, aunque fuese por los cerros de Úbeda, la ocasion de ensalzar al valido. Cuando iba recatadamente cundiendo la voz de que algun dardo satírico se disparaba, en el verdadero *Don Quijote*, contra el Atlante de la Monarquía española, debía CERVANTES apresurarse á deslindar,

en el *Coloquio de los Perros*, en la *Segunda Parte* de EL INGENIOSO HIDALGO, y en el *Viaje del Parnaso*, que era sátira, y que licitas burlas no dañadoras ni homicidas de la honra y buen nombre ajenos, antes bien su mejora y enmienda; y exclamar con gallarda resolucion en el *Viaje del Parnaso*:

«Nunca voló la humilde pluma mía  
Por la region satírica, bajeza  
Que á infames premios y *desgracias* guía.»

Nada tenía de sátira ni libelo infamatorio contra el privado el desaprobar encubierta y delicadamente su conducta pública, y mostrarse con razon quejoso de él y resentido. Por el contrario, altísima honra dispensaba el desvalido pretendiente al duque de Lerma suponiéndole capaz de entender la alusion y sonrojarse, ya cuando refiere con la pluma del licenciado Márquez de Torres la visita que le hicieron los caballeros de la embajada de Francia, y el admirarse uno de ellos «de que á tal hombre no le tuviese España muy rico y sustentado del erario público;» ya cuando, para recordar esta censura de los extranjeros, exclama:

«Alguno murmuró, viéndome ajeno  
Del honor que pensó se me debía,  
Del planeta de luz y virtud lleno;»

ya, por último, cuando en el prólogo de la *Segunda Parte* del QUOTE, afirmando que «la virtud, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida,» hizo gravísimo cargo al ministro por no estimar ni favorecer al ingenio mayor que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros.

Pero ya es hora de salir del campo de las conjeturas, á quien nadie puso puertas. Dos siglos y medio han permanecido completamente ignorados y envueltos en densa oscuridad aquellos modelos que sirvieron para dibujar los famosos capitanes en los ejércitos carneriles. ¿Abrigará la presuncion de haberlos arrancado á todos del olvido? ¿de que estaba reservado para mí romper un misterio en que los críticos ni repararon siquiera? ¿de poseer alguna carta confidencial, escrita por Cide Hamete Benengeli, poniéndome en autos de su mayor secreto, cuando le debía callar á toda costa, y por haberlo dejado traslucir tuvo luego que llamarse á sí propio *autor de sus desgracias*? Lejos de mí tan necia vanidad. Harto sé que los símbolos y alusiones satíricas, fáciles de cogerse al vuelo por los contemporáneos, son impenetrables para las generaciones futuras, las cuales nunca han de ver clara y evidente la alusion mientras no hallen al márgen del libro un rótulo en letras góticas, diciendo: *Este es el gallo*.

Dúcese y dispútese en hora buena quién fué *Branda-barbarán de Boliche*: para mí es claro, evidente, que CERVANTES bien pudo permitirse el ingenioso y festivo desahogo de ver los rebaños de esquilmadas y malheridas ovejas capitaneados por personas de la corte de Felipe III, fastuosas y encaramadas, y complacerse en darles con el lanzon de Don Quijote sendos varapalos.